

LILA PRASANGA
SEGUNDA PARTE

CAPITULO II

La vida de la Encarnación como aspirante espiritual

1. La coexistencia de aspectos divinos y humanos

Sintiéndonos dichosos por el divino contacto con Thakur, cuya visión es purificadora, cuanto más contemplamos su vida y naturaleza, tanto más nos quedamos embelesados viendo en Él la asombrosa combinación de los dos aspectos: el humano y el divino. Si no lo hubiéramos visto, jamás hubiéramos podido convencernos de la posibilidad de que existiera esa maravillosa armonía entre cualidades opuestas. De acuerdo con lo que vimos, estamos convencidos de que Él es el divino hombre. Él es aquel que manifiesta, por medio del cuerpo y del pensamiento humanos, los atributos de la divinidad en su plenitud. Al verlo estamos seguros de que en Él no hubo simulación en ningún caso, y que Él, realmente, tomó el aspecto humano para bien de la humanidad. Así nos mostró el sendero que lleva a la divinidad. Además, por la misma razón, hemos comprendido que en la vida de Encarnaciones anteriores hubo, con toda seguridad, esa maravillosa manifestación de ambos aspectos.

Si estudiamos con fe y devoción la vida de cualquier Encarnación comprobaremos lo mismo. A veces, estando en el plano humano de conciencia, actuaban como cualquiera de nosotros respecto de los demás seres u objetos del mundo. Otras veces, viajando en elevadas esferas de conciencia, nos daban noticias de las fuerzas e ideas de un reino que nos es desconocido. Pareciera que, aun a pesar de ellos, existe una entidad, que reuniendo todos los debidos requisitos, los hace actuar de la manera descrita. Esto es así desde la niñez. Sin embargo, durante su niñez, aunque a veces conocían aquel poder divino, a menudo no comprendían que ya era suyo y que estaba en su interior. Tampoco podían por su mero deseo, y aplicando ese poder, ascender a las elevadísimas esferas espirituales. Por otra parte, su aspecto divino no les permitía contemplar y tratar a los hombres y a los objetos del mundo como lo hace el común de la gente.

No obstante, por las repetidas percepciones de ese poder, nace en sus mentes el fuerte anhelo de conocerlo profundamente. Ese anhelo los hace amar a su verdadera naturaleza, aparentemente oculta, y los lleva a someterse a una intensa práctica espiritual (*sadhana*). En ese deseo suyo no existe ni el más remoto signo de egoísmo. No vamos a hablar de los impulsos hacia los goces terrenales o del más allá, ya que no existe en ellos la idea de lograr para sí la liberación, y ser eternamente dichosos, sin importarles que el resto de los seres humanos siga corriendo su propia suerte. Sólo se ve en ese anhelo la investigación de la Realidad; ellos quieren saber si esa fuerza divina, desconocida, que los impulsa a sentir desde su nacimiento las distintas manifestaciones divinas, y que les hace ver igualmente reales tanto las percepciones sobrenaturales como las del mundo objetivo, existe realmente detrás de la cortina del mundo o es una creación fantástica de su frondosa imaginación. Porque muy pronto llegan a convencerse, por la comparación entre sus percepciones íntimas y las de las demás personas, que durante toda la vida su propio modo de ver y percibir los objetos y personas es distinto, y que la gente común parecería no tener en absoluto el poder de ver el mundo desde el plano superior del reino de la espiritualidad.

No solamente esto. Por la mencionada comparación, pronto llegan a tener otra convicción. Como pueden ver de dos maneras al mundo –desde los planos humano y divino– no los pueden tentar, como a la gente común, los aparentemente atractivos goces y formas de este mundo transitorio; las desesperanzas y desdichas de las múltiples condiciones de un mundo que varía continuamente no pueden envolver sus mentes. Por eso, haciendo completamente suyo el mencionado poder, llenos de misericordia, se dedican íntegramente a la idea de cómo alcanzar los planos superiores de los pensamientos espirituales con sólo desearlo, permanecer en ellos a voluntad y luego enseñar a la humanidad cómo alcanzar la paz. Así vemos que en sus vidas existen dos fuertes corrientes que fluyen constantemente: la de la práctica espiritual y la de la misericordia.

El deseo de la gente común de hacer bien al prójimo y el atributo de la misericordia de las Encarnaciones aparentan ser idénticos en esencia, sin embargo, este último es mil veces mayor y su origen es distinto. Mientras que el hombre común debe esforzarse por desarrollarlo, las Encarnaciones descienden a la Tierra con ese atributo. Podemos recordar un ejemplo que Thakur nos daba al respecto:

Tres amigos fueron a pasear al campo. Caminando, llegaron a un predio extenso y vieron un lugar cercado por altas paredes. Desde allí llegaba a sus oídos una bella melodía. Sintieron el deseo de ver qué ocurría, pero, aunque caminaron alrededor de las paredes, no encontraron ninguna entrada. ¿Qué hacer? Por fin, uno de ellos consiguió una escalera y comenzó a subir, mientras los otros dos permanecían abajo.

El primer hombre, cuando llegó a lo alto, vio lo que pasaba; lleno de alegría se rió sonoramente y saltó adentro sin tomarse un tiempo para contarles a sus amigos lo que había visto. Ellos pensaron: “¿Qué amigo tenemos! ¡Ni pudo decirnos qué fue lo que vio! Bien, vamos a ver qué pasa”. Así, el segundo comenzó a subir, y él también, riendo alegremente, saltó. Entonces, subió el último por la misma escalera y alcanzó a ver aquella feria de la alegría. Viéndola, surgió en su mente el intenso deseo de unirse a los otros. Pero luego pensó que si lo hacía, habría otras personas que no se enterarían de que allí había un lugar con tanta alegría y, ¿cómo podría gozar él solo de tanta dicha?

Pensando así, y con un gran esfuerzo, dominó su deseo, bajó y empezó a gritar en todas direcciones lo que había visto: “¡Escuchen, aquí hay un hermoso lugar, de gran dicha! ¡Vamos, vamos todos a divertirnos juntos!”. Así reunió a muchas personas y junto con ellas concurrió a ese dichoso lugar. Comprendan ahora que, así como no se puede encontrar la razón por la cual el tercer hombre quiso disfrutar con las demás personas, del mismo modo, no se puede decir por qué en la mente de la Encarnación surge, desde su misma niñez, el deseo de hacer bien al mundo.

Tal vez, el lector dirá que las Encarnaciones no tienen que luchar como nosotros contra los indómitos órganos de los sentidos; que posiblemente éstos, como niños muy buenos y educados, les obedecen toda la vida y que, justamente por eso, pueden retirar la mente de los distintos goces del mundo con toda facilidad y guiarla por el sendero espiritual hacia la meta más elevada. En respuesta diremos que no es así; aun en ese caso, como su manifestación es humana, las luchas son muy humanas y tienen que conquistar las pasiones para avanzar.

2. Los innumerables deseos y la naturaleza de la mente

Cualquiera que haya tratado de conocer la naturaleza de la mente humana, debe haber encontrado que en ella hay innumerables capas de deseos, comenzando por los más densos y terminando en los más sutiles. Si consigue evitar a uno de ellos, se

presenta el siguiente como obstáculo en el sendero. Si llega a vencerlo, aparece otro. Si derrota al denso, aparece el sutil, y si detiene a éste vienen los más sutiles aun a presentar batalla. Si renuncia a la lujuria, aparece la codicia; si deja de asociarse físicamente con el sexo y el dinero, se presentan la atracción por la belleza, el deseo de guiar a la humanidad, el orgullo y la fama. Y cuando, con gran esfuerzo, logra apartarse de los lazos familiares, la infatuación y la ignorancia se apoderan de su corazón por las vías de la inacción y la piedad.

3. Los consejos de Thakur sobre como eludir los deseos

Al referirse a la naturaleza de la mente, Thakur siempre nos aconsejaba vivir alejados de esa red de deseos. Nos hacía comprender eso dándonos como ejemplo los incidentes y hasta los pensamientos de su propia vida. Repetidas veces encendía en las mentes de sus devotos y devotas el fuego del amor por Dios. El lector comprenderá mejor esto si nos referimos ahora a una de sus habituales instrucciones.

Cualquiera que iba a visitar a Thakur, así fuera hombre o mujer, sentía muy profundamente en su corazón su dulce sinceridad, su buen trato, su pura y cariñosa atención, y, ansiosamente, esperaba una nueva oportunidad para visitarlo. De modo que, no sólo repetía su visita, sino que también trataba de llevar consigo a sus conocidos para que tuvieran la posibilidad de participar en la grande y pura alegría de verlo y oírlo. Cierta tarde, una señora conocida de nosotros, junto con su cuñada y su hermanastra, fueron a visitar a Thakur en Dakshineswar. Cuando, después de saludarlo, se sentaron, Thakur les hizo algunas preguntas sobre su salud y su familia y luego comenzó a hablar sobre el tema del amor por Dios, que el ser humano debe tener como única meta en su vida. Les dijo:

*¿Creen ustedes que es fácil entregarse a Dios? ¡Qué cosa curiosa tiene la Mahamaya¹!
¡No nos deja hacerlo!*

Vemos a una persona que no tiene ningún familiar, ni pariente, ni amigo, ni conocido, y aun a ella, la Mahamaya la obliga a hacer vida hogareña, ¡le envía un gato! Entonces tiene que ocuparse de buscar pescado y leche para su gato y dice: “¿Qué voy a hacer, pobre gatito, si no puede comer más que pescado y leche?”.

Vean otro caso: En una familia numerosa y acomodada han muerto todos los hombres, sus maridos e hijos, sólo quedan algunas viudas, ¡y la muerte no les llega! Se ha derrumbado el frente de la casa. Otra pared se ha hundido. Sobre el techo ha crecido el árbol de Aswattha y también ciertas plantas comestibles. Las viudas, recogiendo esas plantas, preparan sus guisos, y así continúan con su vida de hogar. ¿Por qué, por qué no llaman a Dios? ¿Por qué no quieren refugiarse en Dios? Tienen todo el tiempo para hacerlo. Pero no, no lo harán.

Otro más: Una mujercita después de su casamiento perdió a su marido; se convirtió en una viuda joven que no tuvo relación conyugal. ¿Por qué no llama a Dios? No. ¡Hace de dueña de casa en la familia de su hermano! Con su rodete colgando y con el llavero atado en el borde de su sharhi, agita sus manos; está haciendo la vida de la patrona. De sólo verla, todo el barrio tiembla. La desdichada mujer anda diciendo por todas partes: “¡Si yo no estuviera, mi pobre hermano no tendría su comida lista! Infeliz mujer, ¿por qué no ves lo que pasa contigo misma? No, eso no se ve.

Lo gracioso del caso era que la cuñada de nuestra conocida, que fue a visitar a Thakur por primera vez, era una de esas hermanas viudas, dueñas de casa en la familia de sus hermanos. Nadie había hablado con Thakur sobre esto. Pero él, en medio de la conversación, explicó con el ejemplo que dio el tremendo dominio que tienen los deseos

¹ Mahamaya: Lit. “La Gran Hechicera”. El poder misterioso de Dios concebido en la forma femenina.

sobre nosotros, y sus ilimitadas capas en la mente humana. Es obvio decir que esas palabras produjeron una honda impresión en la mujer. Cuando escuchó los ejemplos, la hermana de nuestra conocida, tocándola, le dijo en voz baja: “Oye, ¿justo hoy tenían que salir estas palabras de los labios de Thakur? ¡Qué pensará nuestra cuñada!”. Su hermana respondió: “¿Qué voy a hacer? Es Su voluntad, nadie le informó de antemano sobre esto”.

Estudiando la naturaleza humana se alcanza a comprender que mientras más elevada es la mente, más intensamente sufre por los deseos sutiles. No sufre mucho por la repetición del robo, de la mentira o de la concupiscencia aquel que los cometió innumerables veces, pero en los corazones nobles y elevados, la sola aparición de esas ideas los hace sentirse culpables y sufren grandes angustias.

Las Encarnaciones, que a veces dejaron de probar los objetos densos durante toda su vida, tuvieron que luchar como nosotros contra los deseos sutiles y nos han dicho, en términos muy claros, que sufrieron mucho por el sólo hecho de ver aparecer esas formas en su mente. Entonces, ¿cómo podemos decir que su lucha por alejar su mente y los órganos de los sentidos de los distintos gozos y formas, es tan sólo algo ficticio?

4. El aspecto humano de la Encarnación. Algunas objeciones y respuestas

Puede ser que entre nuestros lectores haya alguno muy erudito en los textos sagrados que nos diga: “No puedo aceptar su opinión. Vea lo que dice aquí el gran maestro de la filosofía monista, el *acharya*² Shankara, en su comentario sobre el “Gita” refiriéndose al nacimiento de Sri Krishna y su Encarnación humana: ‘El Señor, cuya naturaleza es eternamente pura y libre, que es el conductor de los destinos de todos los seres, que no tiene nacimiento, etc., al querer hacer el bien a los hombres es visto como si fuera corpóreo, como si hubiera nacido por la fuerza de su propia *maya*.’ Cuando el mismo maestro opina así, ¿cómo puede usted sostener su opinión?”.

En respuesta diremos que es cierto que el maestro opinó de esa manera, pero tenemos en qué basarnos. Para comprender a Shankaracharya debemos recordar que cuando él afirma que la aceptación del cuerpo por Dios, o su transformación en nombre y forma, es una apariencia dice, al mismo tiempo, que todo es una apariencia: que nuestra transformación en nombre y forma, la mía y la de cada persona u objeto, es irreal. Sigue diciendo que el universo entero es una apariencia irreal superpuesta sobre Brahman, por lo tanto, no acepta su realidad. Sólo admitiendo estos dos aspectos de su pensamiento podremos comprenderlo cabalmente. Él no nos dice que al tomar un cuerpo, la alegría o el sufrimiento que experimentan las Encarnaciones son aparentes, mientras que en nuestro caso son reales. Si decimos que nuestra percepción es real, estamos obligados a aceptar que las percepciones de las Encarnaciones son igualmente reales. De manera que no hemos dicho nada irrazonable.

El tema nos resultará más claro si lo estudiamos desde otro ángulo. Dicen las Escrituras que se nos presentan dos ideas sobre el mundo, una cuando lo miramos desde el plano no-dual y otra cuando lo hacemos desde el plano habitual o dual. Si consideramos la realidad del mundo desde el punto de vista no dual, vemos que no existe ni existió tal cosa. No hay ninguna existencia más que Brahman, el “Uno sin Segundo”. Ahora bien, si vemos el mundo desde el plano dual nos parecerá que éste es

² Acharya: Maestro espiritual. También un maestro de educación secular.

un conjunto de diversos nombres y formas, que es real y es existente, esta percepción es igual a la que tiene todo el mundo.

Las Encarnaciones (que aun estando en su cuerpo se hallan establecidas en la irrealdad de las formas) y los *jivamukta*³, cuando se encuentran en el plano no-dual muchas veces tienen la idea de que la vida en el plano común es irreal como un sueño. Pero, así como no se puede calificar absolutamente de irreal todo lo que se percibe durante un sueño (aunque sea así comparado con el estado de vigilia), tampoco podemos decir que la apariencia del mundo en las mentes de las Encarnaciones y de los *jivanmukta* sea totalmente inexistente.

Del mismo modo en que puede verse de dos maneras la sustancia llamada “mundo”, así podemos ver a una persona. Si la vemos desde el plano dual, se nos aparecerá como un hombre aprisionado, pero desde el plano puro del no –dualismo, la misma persona volverá a ser Brahman, siempre puro y libre. El estado de plenitud del no-dualismo es lo más elevado en el reino de la contemplación. Antes de alcanzar ese estado, la mente humana pasa por distintos planos de pensamientos elevados y, finalmente, alcanza su meta. Cuando el *sadhaka* llega a esos niveles, el mundo y los seres se le aparecen en distintas formas haciendo que cambien sus conceptos sobre éstos. El mundo se convierte en una masa de ideas y las personas parecen ser incorpóreas, dotadas de poderes extraordinarios, figuras luminosas o hechas de pensamientos.

5. La percepción del mundo cambia cuando uno alcanza un elevado estado espiritual

El hombre común, cuando se acerca con fe y devoción a las Encarnaciones, casi imperceptiblemente alcanza esos estados más y más elevados. Esto sucede, sin duda, por los poderes sobrehumanos de Ellas. Por eso, podemos comprender que el devoto *sadhaka*, al verlas desde planos superiores, se forma el concepto de que las Encarnaciones tienen solamente atributos divinos y que se presentan ante el mundo con un aparente aspecto humano, tal como son vistas por la gente común. Es evidente que el devoto *sadhaka*, con el desarrollo de la devoción, se forma esa idea primero con respecto a los devotos en su relación con Dios, luego a Dios en su relación con el mundo.

Antes dijimos que a veces se nota en las Encarnaciones, aun desde su niñez, que al alcanzar los planos superiores del reino de la contemplación, consideran esas visiones tan existentes como los objetos y personas del mundo. Pero, con el paso del tiempo, cuando esas visiones se repiten, adquieren más fe en el mundo de los pensamientos que en los objetos densos del mundo exterior. Finalmente, cuando alcanzan el plano no – dual superior, se dan cuenta de que este mundo de diversos nombres y formas es, únicamente, la manifestación del Uno sin Segundo y se establecen en la Realización. Lo mismo sucede con los *jivanmukta*, pero con la diferencia de que estos últimos tienen que hacer grandes esfuerzos durante toda su vida. En cambio, las Encarnaciones logran la realización de la verdad en poco tiempo. Además, aunque los *jivanmukta* logren establecerse en el plano no- dual, desarrollan muy poco el poder de elevar a los demás a aquel estado en comparación con el poder que poseen las Encarnaciones. Dijo Thakur:

³ Jivanmukta: Lit. “liberado en vida”. Aquel que practica disciplinas espirituales y es liberado aún viviendo en el cuerpo.

La diferencia entre el jiva⁴ y la Encarnación reside en el grado de expresión del poder divino.

Cuando las Encarnaciones, luego de estar en el plano no-dual por algún tiempo, disfrutando de la visión directa de la Causa del Universo, descienden al plano ordinario, aparecen ante la gente como hombres comunes, pero en realidad se han convertido en hombres divinos o súper hombres. Entonces, sienten constantemente que tanto el mundo externo como el interno son como sombras. Desde ese momento manifiestan, por medio de sus pensamientos, extraordinarios poderes para hacer bien al mundo. Por el conocimiento del principio, medio y fin del universo se convierten en omniscientes.

Nosotros, seres humanos de corta visión, viendo personalmente su naturaleza y sus acciones, tomamos refugio en Ellas por su misericordia, y sentimos en nuestro corazón que por nuestra exteriorización y nuestra inclinación hacia los objetos y seres del mundo, jamás lograríamos la Verdad Suprema, nunca encontraríamos la Causa del Universo, ni tendríamos Paz.

Con seguridad, al oír esto, algún erudito occidental nos dirá que al ver cuanto ha progresado, y sigue progresando, nuestro conocimiento por medio de la investigación de los objetos y personas del mundo, jamás opinará como el que esto escribe. En respuesta diremos que, aunque sea cierto que el conocimiento ha aumentado por el desarrollo de la ciencia materialista, jamás nos ayudará a lograr la Suprema Verdad. Gradualmente, nos estamos convenciendo de que esa ciencia que nos enseña que la causa del universo es una materia inferior a nosotros, sólo nos mostrará con su desarrollo que nuestra única meta en la vida es exteriorizarnos y gozar de la mayor cantidad de objetos y formas. En resumen, aunque llegemos a comprobar por medio de instrumentos que todos los objetos del mundo tienen su origen en una materia determinada, los objetos del reino del pensamiento siempre estarán cubiertos por las tinieblas y sin poder ser comprobados por nosotros. Hasta que no nos convenzamos de que el hombre encontrará el sendero de la liberación solamente si renuncia a los goces materiales y si desarrolla una naturaleza contemplativa, estará muy lejos de nosotros esa Paz que se alcanza después de realizar la única Verdad, que está más allá de los conceptos de espacio y tiempo.

En las vidas de todas las Encarnaciones hemos oído que en su niñez, a menudo, se sumergían profundamente en los temas del reino de los pensamientos. Sri Krishna, en varias oportunidades durante su niñez, convenció a sus padres y amigos al demostrar su divinidad. El niño Buddha llamó la atención de *devas* y hombres al entrar en *samadhi* debajo de un árbol durante un paseo. El niño Jesús atrajo por su amor a los pájaros silvestres y los hizo comer en sus propias manos. Shankara abandonó el mundo cuando era niño, convenciendo y consolando a su madre por su divino poder. Chaitanya, en su niñez, se quedó absorto en las ideas divinas y demostró que el amante de Dios ve la divina manifestación en todos los objetos, agradables o desagradables. En la vida de Thakur no escasean esos sucesos. Como ejemplo vamos a narrar algunos. Estos hechos los hemos oído de los propios labios de Thakur y nos hemos convencido de que su primera absorción en el reino de los pensamientos le sucedió cuando era muy niño. Decía Thakur:

En aquellos lugares (Kamapukur) a los niños se les da de comer murhi (flores de arroz inflado) en pequeñas canastas. A los que no las tienen, les sirven el murhi en un pliegue de su dhoti⁵. Los niños pasean por la pradera comiendo su murhi, algunos de la canastita y otros de

⁴ Jiva: Un alma corporizada. Un ser humano.

⁵ Dhoti: Vestimenta típica hindú.

su dhoti. Era el mes de Yoistha o Asharh (fin del verano y comienzo de la estación de las lluvias). Yo tenía aproximadamente seis o siete años. Cierta mañana estaba paseando por el sendero que bordea la pradera y comía murhi que llevaba en una canastita. En el cielo había una linda nube llena de agua; mientras comía la miraba. La nube crecía rápidamente y cuando estaba por cubrir el cielo, en ese mismo instante, una bandada de garzas blancas como la leche, pasó volando sobre el borde de la nube. ¡Qué bello cuadro! Viéndolo me sumergí en un estado tan extraordinario, ¡qué perdí la conciencia exterior! Me caí, los murhi se derramaron sobre el camino. No les puedo decir cuánto tiempo permanecí en ese estado. Cuando me vieron, me levantaron del suelo y me llevaron en brazos a casa. Esa fue la primera vez que perdí la conciencia exterior.

6. La historia del segundo éxtasis de Thakur camino al templo de la Diosa Vishalakshi

Al norte de Kamarpukur, el pueblo natal de Thakur, a una distancia de tres kilómetros, está la aldea de Anurh donde es adorada la diosa Vishalakshi. Esta diosa goza de mucha fama. Se dice que es muy accesible y que con toda facilidad satisface los ruegos. Los aldeanos de los alrededores hacen votos ante ella y le piden distintas cosas. Al cumplirse sus deseos van a Anurh a adorarla y hacer sus ofrendas. La mayoría de los peregrinos son mujeres y sus votos son, por lo general, para sanar enfermedades difíciles de curar. Todavía hoy se ven grupos de mujeres de buena familia que cruzan los campos hablando y cantando cánticos que se refieren a la primera aparición de la diosa. En el medio del campo, a cielo abierto, está el altar de la diosa. Los agricultores construyen todos los años un techo de paja y bambú para proteger la imagen. Viendo los montones de ladrillos tirados en el suelo, se puede suponer que en otro tiempo hubo allí un templo. Cuando se pregunta por el templo a los aldeanos, éstos dicen que la diosa lo destruyó por su propia voluntad. Dicen: “Los niños pastores del pueblo son los queridos compañeros de la diosa. A ella le gusta que vengan con sus vacas desde la mañana y que las dejen pastar, mientras descansan, cantan y juegan a su lado, y que, juntando flores silvestres, la adornen y se diviertan con las golosinas y moneditas que ofrecen los devotos peregrinos. Ella no puede estar sin eso”.

En aquel tiempo, cierto hombre rico, al ver cumplido su pedido, hizo construir un templo e hizo levantar un altar a la diosa en su interior. Regularmente iba un sacerdote para hacer los cultos diarios y luego, cuando se retiraba, dejaba cerrada la puerta con llave. Los peregrinos que llegaban fuera de hora podían verla desde detrás de las rejas y arrojaban dentro sus ofrendas y monedas. Así que para los pastorcitos se había acabado la fiesta de comer las golosinas y repartirse las monedas. Muy tristemente rogaban: “Madre, has entrado en el templo y se nos acabó la fiesta, ¡cuántas cosas ricas comíamos por tu gracia! Ahora, ¿quién nos dará todo eso?”. La diosa oyó las quejas de esos simples niños y esa misma noche se partió el templo de tal forma que a la mañana siguiente el sacerdote tuvo que apurarse para sacar a la diosa, si no hubiera quedado sepultada. Desde ese incidente, cada vez que alguien quería reconstruir el templo, la diosa se le aparecía en sueños, o mediante cualquier otro signo, para hacerle comprender que ella no quería templos. Dicen los aldeanos: “La Madre ha asustado a algunos de ellos apareciéndoseles en sus sueños y diciéndoles: ‘Estoy muy bien en campo abierto y con los pastorcitos; si me encierras en un templo te haré daño; nadie vivirá en tu familia’.

Cierto día, varias señoras del pueblo, atravesando los campos, fueron a visitar a la diosa Vishalakshi para llevarle las ofrendas prometidas. En este grupo había dos señoras de la familia de Thakur y una viuda, hija del terrateniente Dharmadas Laha, la señora Prasanna. Thakur, que tenía sólo ocho años y aún no había recibido el cordón sagrado, tenía un elevado concepto de la simplicidad, religiosidad, pureza y franqueza de la señora Prasanna. Muchas veces le decía a su propia madre que debería pedirle consejos y les hablaba de ella a sus devotas. La señora Prasanna también lo quería mucho y lo consideraba como el verdadero Gadadhar (Vishnú). Quedaba encantada cuando oía de sus labios los divinos relatos y los muy dulces cantos religiosos, entonces, la sencilla señora le preguntaba: “Dime Gadai, ¿por qué muchas veces me parece que tú eres el Señor? ¡Sí! Te digo que así lo siento”. Al oírla, Gadadhar sonreía dulcemente pero no decía nada, o trataba de desviar el tema. Pero la señora Prasanna no se

quería convencer y sacudiendo su cabeza decía seriamente: “Puedes decirme cualquier cosa, pero tú no eres un niño común”.

La señora Prasanna había hecho erigir en su casa un altar para Radha y Krishna y, personalmente, preparaba las flores y frutas para el culto, que hacía un sacerdote porque ella no era de familia brahmin. Cuando había fiestas especiales se organizaban espectáculos musicales, pero ella asistía muy poco. Si le preguntaban, decía: “Después de oír los cantos de Gadai, los otros no me parecen para nada dulces. Gadai me ha hecho perder el oído para escuchar otras cosas”.

(Volviendo al relato), cuando Gadai vio que las mujeres se estaban preparando para salir, dijo: “Iré yo también”. Pensando que el niño iba a cansarse trataron de disuadirlo, pero no hubo caso, Gadadhar partió con ellas y las mujeres, en lugar de sentirse molestas, se alegraron. Porque, ¿cómo no iba a conquistar sus corazones ese niño juguetón, alegre y chistoso? Además, aun a esa edad tan temprana, Gadadhar sabía de memoria muchos poemas y cantos sobre las distintas deidades. Sin duda, con sólo pedirselo, él recitaría o cantaría; y no importaba si tenía hambre porque al regresar, ellas traerían las confituras, golosinas y leche ofrecidas a la diosa, entonces, no había ninguna razón para preocuparse.

Pensando así, las mujeres iniciaron su peregrinación y Gadai las acompañó alegremente, contándoles varios relatos sobre las deidades y cantando. Pero antes de cruzar los campos, mientras conversaban y cantaban loas a Vishalakshi, tuvo lugar un hecho extraordinario. De repente cesó el canto del niño, su cuerpo se puso rígido y comenzaron a rodar lágrimas por sus mejillas. Cuando le preguntaron con todo cariño qué mal padecía, el niño no pudo contestarles. Las mujeres se asustaron mucho pensando que el tierno niño, que no tenía la costumbre de caminar tanto, se había insolado. Corrieron a traer agua de un estanque cercano y empezaron a echársela sobre su cabeza y sus ojos. Pero el niño no recobraba la conciencia. Comenzaron a preocuparse: “¿Cómo vamos a llevar de vuelta sus ofrendas?, y ¿cómo podemos curar al niño y llevarlo de regreso?”. Allí, en medio del campo, no había nadie que pudiera ayudarlas. Las mujeres, muy asustadas, y olvidándose de la diosa, se sentaron en derredor de Gadadhar y comenzaron a abanicarlo, lo llamaban echándole agua en la cara. Después de un rato, y de repente, surgió una idea en el corazón de la señora Prasanna: “¿No será acaso la misma diosa quien ha tomado posesión del simple y creyente niño? Hemos oído que las deidades hacen esto con los niños simples y con las mujeres y hombres creyentes.” Entonces, la señora Prasanna dijo lo que pensaba a las otras mujeres; les pidió que dejaran de llamar a Gadai y que invocaran a la diosa Vishalakshi. Hacía tiempo que las otras mujeres sentían mucho respeto por la señora Prasanna por su naturaleza tan piadosa. Por eso, creyeron fácilmente en sus palabras, y considerando al niño como la diosa misma, suplicaron repetidas veces: “¡Oh Madre Vishalakshi, apiádate! ¡Oh Madre, sálvanos! ¡Míranos con tus ojos bondadosos! ¡Oh Madre, muéstranos la orilla!”. Y, ¡cosa sorprendente!, apenas repitieron sus plegarias, el rostro de Gadadhar se iluminó con una dulce sonrisa y signos de conciencia se hicieron presentes en él. Entonces, convencidas de que en realidad la diosa había tomado posesión del cuerpo del niño, lo saludaron repetidas veces. Dirigiéndose a él como si fuese la Divina Madre, continuaron con sus oraciones.

Lentamente, el niño recobró la conciencia, pero lo asombroso fue que su estado anterior no había producido en él cansancio ni debilidad alguna. Entonces, las mujeres, llenas de devoción y acompañadas por él, llegaron hasta el altar de la diosa y le dedicaron sus ofrendas. Cuando regresaron a Kamarpukur, le relataron a la señora Chandra todo lo ocurrido. Ella se asustó e hizo un culto especial a Raghuvira, la deidad de la familia, y saludando repetidas veces a la diosa Vishalakshi, le prometió ofrendas especiales.

Nuestro lector, seguramente recordará lo ocurrido a Gadadhar en la noche de Shiva, cuando, representando a la deidad, se quedó completamente absorto, perdiendo todo conocimiento del mundo. Algunas personas de aquella época nos dijeron que Thakur permaneció tres días en ese estado de beatitud.